

CAPITULO XXXVI.

Montmartre, su situacion y número de habitantes. Antigüedad de algunos de sus templos. Molinos de viento, sus restaurants y sus bailes. Vista espléndida que desde allí se disfruta de Paris y del valle del Sena. Paseo al rededor de Paris. Nuestra visita á la Fábrica de los Jovelinos. Sus salas de trabajo. Las obras que se ejecutan en ellas. Salones y galerias de exposicion y lo que contienen. Paseo á San German en Laye, su templo, su castillo y selva notable. Reminiscencias históricas, y lo que nos llamó la atencion; extension de la Selva, árboles añosos que la forman y sus extensas avenidas.

Mucho tardamos en examinar las obras de la fábrica de Sèvres. El tiempo se nos estrechaba, serian como las doce y antes de partir para Montmartre era preciso que almorzásemos. Así lo hicimos con bastante gusto en un hermoso restaurant que se encontraba en la misma estacion del camino de ferro; en seguida tomamos el tren que mas directamente podia conducirnos y no tardamos mucho tiempo en llegar.

Montmartre se halla situado al norté de Paris en una colina muy interesante para los geólogos; sus vastas canteras hace largo tiempo se encuentran cerradas.

El aspecto de la poblacion es ameno, y su posicion en extremo poética, sus construcciones son de buena arquitectura, sus templos bastante buenos y algunos de sus paseos tambien hermosos y animados.

La mejor Iglesia data desde el principio del siglo XII, el Papa Eugenio III la consagró en presencia del gran San Bernardo, formaba parte de un monasterio largo tiempo célebre que se encuentra ya completamente destruido, lo mismo que la capilla de los mártires, en la cual en 1534, San Ignacio de Loyola, pronunció sus votos.

A la derecha del templo; se encuentra un calvario fundado en 1805, compuesto de ocho estaciones.

Montmartre poseia en tiempos anteriores muchos molinos de viento, cuyos propietarios tenían un gran número de tabernas, que la mayor parte ya no existen; pero sus restaurants y sus bailes gozan aun de cierta reputacion, y nosotras tuvimos ocasion de juzgar de los primeros porque allí comimos.

Entre los mas notables se citan como principa-

les, el de los Príncipes y el del pequeño Ramponneau, y entre los bailes el del Castillo Rojo, cuya casa fué construida por Enrique IV para Gabriela d' Estrees, el Ermitage y el de la Reina Blanca.

Desde Montmartre se descubre perfectamente París y el valle del Sena, de manera que la perspectiva es ciertamente admirable. No tiene ningún palacio ni castillo célebre, por cuya razón con mucha comodidad pudimos verlo todo.

A las seis de la tarde entramos en un restaurant y tuvimos un gusto especial en comer en Montmartre. A las siete tomamos de nuevo el tren que pronto nos condujo a París, satisfechas de nuestro paseo.

Conversando sobre los alrededores de esta bella capital, recordamos que en la estación del norte había un tren que diariamente salía, y que tenía por exclusivo objeto, dar por fuera una vuelta a París,

Todo se veía á vista de pájaro, como vulgarmente se dice, pero tenía la ventaja de que podía uno formar algún juicio de las poblaciones por donde el tren pasaba, pues se detenía en todas las estaciones.

Era aquella, como hemos dicho, la última semana que permanecíamos en la capital de Fran-

cia, y debíamos partir antes del domingo, de manera que nos propusimos hacer nuestro paseo y así lo efectuamos al día siguiente.

Muy temprano tomamos en la estación del Norte el tren, y con gran placer comensamos á gozar con el fresco y encantos de la mañana de la hermosa vista que presentaba la verde y poética campiña. No se tardaba mucho el tren en recorrer la cintura de París como llaman los franceses á este paseo; la cuestión era de cuatro á cinco horas, y durante el tiempo que ocupamos en ello, tuvimos verdaderamente un positivo contento; cada vez que nos deteníamos en las estaciones, contemplábamos con gran interés cuanto nos rodeaba. Verdad es que no nos podíamos formar una idea completa de todo, porque apenas descubriamos algunos puntos de su hermoso conjunto; veíanse á lo lejos un bosque, un castillo, la torre de un templo; mas cerca ya una plaza, ó unas cuantas casas, ya una hermosa avenida; pero aunque todo lo viésemos en parte, encontrábamos mucho gusto en nuestra escursion. En este paseo volvimos á pasar por la mayor parte de los alrededores que habíamos ya visitado formalmente, y entonces se duplicaba nuestro contento al reconocer por momentos cuánto estaba á nuestro alcance. Por fin concluyó nuestra grata escursion,

y de nuevo nos encontramos de vuelta en la misma estacion del Norte, sin haber bajado ni un momento del tren. Regresamos al hotel y con un buen apetito tomamos un magnifico almuerzo.

Como era aún temprano nos prometimos aprovechar la tarde, y como léjos de estar cansadas deseábamos movernos, reposamos un momento la comida, y en seguida tomamos á pié el camino que conduce á la fábrica de los Jovelinos que tiene tanta celebridad.

¡Con cuanta tristeza recorriamos hasta cierto punto esas calles, que bien pronto íbamos á dejar de ver: con una corta permanencia en un lugar se acostumbra uno de tal manera á vivir en él, que luego se le hace sensible abandonarlo!

La fábrica de los Jovelinos se encuentra bien distante, pero tuvimos especial empeño en llegar á pié hasta ella; pronto penetramos en el edificio que aunque no presenta un aspecto magestuoso, tiene una bonita arquitectura. Los salones y galerias de la exposicion están todos abiertos, lo mismo que las salas de trabajo. Entramos primero á éstas para podernos hacer cargo de lo que valian los jovelinos, vimos en ellos una multitud de mujeres que trabajan con la mayor ligereza y con sus propias manos, y no en especie alguna de máquina.

Nos acercábamos ya á un grupo, yá á otro, y veíamos atentamente todos los trabajos que eran necesarios para dejar ya bordado y bien matizado el género; en seguida penetramos en las galerias y salas de la exposicion, y contemplamos ya formados esos liensos tan admirablemente tejidos, y de los que tan justamente tiene orgullo la Francia.

Hállanse colocados en cuadros y bastidores perfectamente estendidos, y los hay de todos tamaños desde el mas pequeño hasta el mas grande. Muchas personas van de continuo á visitar esta fábrica tan admirable, de la que salimos muy complacidas montando en un omnibus para efectuar nuestro regreso.

El último domingo de nuestra permanencia en Paris, visitamos otro de sus alrededores que exige de nosotras le consignemos aquí un recuerdo tambien: Saint Germain en Laye. Es esta una pequeña poblacion que no ofrece en sí nada de notable, y que es visitada sin embargo por el extranjero á causa de su castillo y de su célebre selva: vimos primero el templo que es de buena arquitectura y grandioso aspecto; en su interior se encierra un mausoleo erigido á Jacobo II, y algunas buenas pinturas y frescos por Amaury Duval; en seguida pasamos á visitar el castillo

fundado por Luis el grueso y redificado por Francisco primero; durante algun tiempo este castillo sirvió de fortaleza; Enrique IV, encontrando su arquitectura en extremo severa, hizo construir otro, no quedando hoy del primero mas que un pabellon; Ana de Austria se retiró al nuevo castillo durante la revolucion de la Fronde. La viuda de Carlos I de Inglaterra lo habitó en seguida, Luis XIV pasó en él varias épocas de su juventud gastando en su engrandecimiento sumas considerables; despues de la revolucion de 1688, Jacobo II estableció allí su corte muriendo en el mismo castillo en 1701; Desechado por Luis XV este castillo, sufrió pérdidas considerables, y la residencia real se convirtió en una caserna durante la revolucion; más tarde sirvió de prisión ó penitenciana, y hoy se halla deshabitado.

El edificio tiene un aspecto de grandeza, que impresiona en el exterior. Su interior ha sido muy maltratado, y nó presenta nada de notable á nuestra vista; pero sí encierra grandes recuerdos que vienen á herir la imaginacion al visitarlo. Los jardines que se hallan ante la fachada, forman un agradable paseo, aunque carecen de la suntuosidad y cuidadoso esmero, que se nota en los de las otras residencias imperiales de los alrededores de Paris.

En San German se deja ver desde luego el abandono, y se comprende que aquel castillo no es ya la residencia favorita de los monarcas de la Francia.

La asotea construida por Le Notre, y que comprende una extension de 12,400 metros de longitud, presenta un magnífico panorama, que nos agradó y sorprendió. Despues de recorrer estos lugares con el espíritu del viagero de verlo todo, nos internamos en la selva, notable por su extension, y el espesor de sus árboles: esta selva se extiende al Norte de San German, y ocupa una superficie de 4,400 hectáras de terreno, calculándose en 380 la longitud de sus calles. Largo tiempo permanecimos en la selva recorriendo sus diversas avenidas. Allí se ven árboles seculares, puntos en que la planta del hombre no se ha internado, dejando obrar á la naturaleza, y donde el espesor de los árboles no deja penetrar los rayos del sol; en otros sitios el arte se deja admirar, cultivando á la naturaleza, y aumentando sus encantos. Nosotras contemplábamos con placer todos estos puntos, que ofrecian á nuestra vista tan diversos panoramas: cuando salimos de San German la tarde declinaba ya, y cuando llegamos á Paris, el sol hacia largo tiempo que se habia ocultado en el Ocaso.